

## Ucrania y el dilema de la seguridad

Francisco Lavolpe<sup>1</sup>

### Contribución en la Sección Panorama Social

**Resumen:** Las acciones de los líderes de las principales potencias mundiales se nutren esencialmente de las ideas de dos tradiciones teóricas de la política internacional; una supone que a través de la cooperación se podrá alcanzar una paz duradera y la otra sostiene que frente a la propia naturaleza de los conflictos solo se puede perseguir la estabilidad. La historia de las relaciones internacionales ofrece evidencia para ambas perspectivas. Ahora mismo, el conflicto abierto por la invasión de la Federación Rusa a Ucrania ha instalado nuevamente el dilema de la seguridad entre las principales potencias. En el orden internacional emergente solo se puede buscar la estabilidad a través de un nuevo equilibrio de poder.

Las acciones de los líderes de las principales potencias mundiales se nutren esencialmente de las ideas de dos tradiciones teóricas de la política internacional; una supone que a través de la cooperación se podrá alcanzar una paz duradera y la otra sostiene que frente a la propia naturaleza de los conflictos solo se puede perseguir la estabilidad. La historia de las relaciones internacionales ofrece evidencia para ambas perspectivas. Ahora mismo, el conflicto abierto por la invasión de la Federación Rusa a Ucrania ha instalado nuevamente el dilema de la seguridad entre las principales potencias.

La mayoría de los analistas reconoce que Estados Unidos ha perdido su rol de potencia hegemónica. Así, junto a la emergencia de China y otros importantes actores regionales, surge un orden multipolar que enfatiza la condición de anarquía del sistema internacional. En este marco, las principales potencias ya no encuentran motivos suficientes para cooperar. Los particulares intereses de las principales potencias mundiales en un creciente ambiente de anarquía lleva a la inevitable profundización de los conflictos.

En el orden internacional emergente solo se puede buscar la estabilidad a través de un nuevo equilibrio de poder. La evidente desaparición de los acuerdos de cooperación

---

<sup>1</sup> Periodista, Especialista en Economía Política Internacional y MBA (por la Baltimore University). Fue Secretario Académico y Vicedecano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Actualmente, es docente de grado y posgrado en Relaciones Internacionales y Comunicación Social en las Universidades Nacionales de Lomas de Zamora, La Matanza y Avellaneda. Correo electrónico: flavolpe@hotmail.com

internacional propios de la profecía globalizadora, hacen muy difícil, cuando no imposible, reunir las condiciones para la paz.

Nadie parece contribuir al establecimiento de la paz en Ucrania. Una primera evidencia es que el propio gobierno ucraniano tiene como principal objetivo político recuperar a través de las armas el territorio ocupado. Aun reconociendo su legitimidad, esta misión supone la prolongación indefinida de la guerra con las trágicas consecuencias que ello implica. El presidente ucraniano, Volodimir Zelensky, persiste en someter a su pueblo a una resistencia suicida mientras continúa rogando asistencia a sus nuevos socios occidentales. Se ha convertido en el jefe militar de los intereses de la OTAN, aunque sin pertenecer a ella. La pretensión de suscribir su membresía a la Organización choca con los principios fundacionales de la misma; no es posible incorporar a una nación en guerra.

Segundo, se puede constatar que los socios de la OTAN están enfocados en abastecer a Ucrania con armas, asistencia logística, entrenamiento militar y apoyo propagandístico, para resistir la invasión. A ello se le suma una batería de sanciones económicas y financieras contra la Federación Rusa enmarcado en el discurso beligerante de los principales líderes europeos. Esta actitud añade combustible al conflicto y, lejos de proporcionar un sendero hacia la distensión, lo empuja hacia una peligrosa escalada.

Además, algunos líderes europeos dudaron hasta encontrar su rol en el conflicto, dividiendo posiciones entre la asistencia militar, las sanciones o la ambivalencia; ninguna de estas acciones se encamina al restablecimiento de la seguridad y la paz en Ucrania.

Por otra parte, en el documento emitido por la OTAN luego de la cumbre en Vilna, Lituania (2023) se reconoce un escenario de “Guerra Fría”, lo que implica una nueva actitud frente sus competidores estratégicos, en particular Rusia y China. Además, el comunicado incluye una ampliación del concepto tradicional de seguridad para incorporar los bienes comunes globales, incluidos los océanos, el espacio, la tecnología y el ciberespacio. No se trata simplemente de un conflicto militar o territorial, sino de una lucha global por el poder, la riqueza y la ideología. Nada de esto permite avizorar un horizonte pacífico.

Tercero, China observa con paciencia oriental cómo, tanto sus aliados hemisféricos como sus rivales occidentales, se embarcan en un conflicto sin fin, justo en el momento en que, con las ventajas propias de una potencia ascendente, su principal objetivo es el camino de la cooperación. En las actuales condiciones, se replantean los planes de China para unirse a Europa a través de la Ruta de la Seda. Los intentos de Pekín por estabilizar la región en conflicto chocaron con los objetivos de la OTAN y especialmente con los Estados Unidos, que identifica a China como su principal rival. Como nos iluminara Tucídides en su Historia de la Guerra del Peloponeso, (Siglo V a.c.) “fue el ascenso de Atenas (China?) y el temor que eso inculcó en Esparta (EEUU?) lo que hizo que la guerra fuera inevitable”

Estados Unidos es hasta ahora el mayor beneficiario. La prolongación del conflicto le otorga la oportunidad de contener a sus rivales al tiempo que provee de armas a sus aliados, al tiempo que no padece las consecuencias de tener un conflicto en su territorio, ni embarcarse en costosas operaciones militares. Además, se ha constituido en el primer beneficiario de los efectos de las sanciones; un escenario para el que Washington no encuentra incentivos para embarcarse en una cruzada pacificadora.

Por su parte, el “invasor”, La Federación Rusa, se aferra a las ventajas que otorga el “primer golpe”, y se ha encargado de resguardar el territorio ocupado. Esto le permite establecer mejores condiciones para negociar el fin de las hostilidades. Claramente, no está entre sus objetivos inmediatos resignar el esfuerzo que implicó la operación para ocupar el Donbás, acción que tiene el enorme valor político del hecho consumado. Sin embargo, luego de invadir territorio extranjero, el presidente Vladimir Putin, está experimentado en carne propia los consejos de Maquiavelo a su Príncipe, consideradas las dificultades que encierra conservar un territorio ocupado.

La invasión rusa establece una nueva línea de frontera en Ucrania, que incluye algunas áreas estratégicas, como las ciudades más desarrolladas de Ucrania y el control de los puertos sobre el Mar Negro. Aunque el desgaste de la guerra también se dejaría sentir en el ánimo ruso, los efectos de las sanciones han sido menos eficaces de lo esperado.

Así, entonces, lejos de los contactos preliminares para establecer conversaciones que lleven a un cese de hostilidades, Rusia parece haber roto los puentes diplomáticos mientras trata de asegurar posiciones en el terreno a la espera de su oportunidad.

¿Cuál podría ser el objetivo de Zelensky que pudiese justificar semejante sacrificio para el pueblo ucraniano? Aquí, parecen prevalecer las pasiones a los argumentos. Primero, si el objetivo es la independencia del yugo ruso, ¿son todos los medios justificados? Lamentablemente, no sería la primera vez en la historia que un pueblo se inmola antes de someterse a un imperio.

Sin embargo, la única forma de comprender el comportamiento de Zelensky es reconocer que sus principales objetivos están definidos por intereses que están fuera de Ucrania. Pendular desde un imperio hacia otro no parece conformar una acción soberana; liberarse de Rusia para abrazar a la OTAN sería como cambiar la correa que sujeta al perro.

El boleto de ingreso al “mundo libre” tiene un costo enorme para Ucrania; la masacre de civiles, las riadas de refugiados, la destrucción de hogares, ciudades e infraestructura y el inevitable crecimiento del odio que perdura por generaciones. Pero esto no es todo, la “asistencia” de occidente tampoco es gratuita. Además de rogar a sus socios occidentales el abastecimiento de tanques y misiles, esa ayuda militar, logística y económica genera deudas

y enormes condicionamientos futuros para el pueblo ucraniano. Pertenecer al exclusivo club europeo tiene una tarifa muy alta y la pretendida membresía a la OTAN sería a costa de convertirse en el estado tapón de la frontera oriental europea. Una misión altamente peligrosa cuando se trata de potencias nucleares; el dilema de la seguridad vuelve a verificarse.

Finalmente, en las actuales condiciones, Ucrania se muestra como un socio devaluado para la UE como consecuencia de la pérdida del Donbás y de su mayor objetivo estratégico, el acceso al Mar Negro. Efectivamente, la región ahora controlada por Rusia es una de las más industrializadas de Ucrania, así como de las más densamente pobladas, se estima que constituía cerca del 20% del PIB total del país con apenas el 10% de la población, la mayoría de los cuales de origen ruso.

Por otra parte, ningún miembro de la UE se expresa siquiera a favor de una salida pacífica. Al contrario, se suman descoordinadamente a las sanciones impuestas por los EEUU, contribuyen con asistencia militar, armas, tanques, misiles; todas acciones que los llevan al límite de la intervención directa, con el agravante de presionar a un personaje como el presidente ruso, Vladimir Putin, quien, enfrentado a un escaso margen de maniobra, acaricia el botón nuclear. Por lo que la historia nos ha enseñado de nuestra “civilización”, no deberíamos estar confiados de que las armas nucleares no vuelvan a ser utilizadas.

Los miembros de la UE no se han mostrado a la altura del conflicto. Esta es la primera generación de líderes políticos que no han padecido las consecuencias directas de la guerra en su propio territorio. Un aspecto cultural nada menor a la hora de considerar discursos, evaluar acciones y medir consecuencias.

Entre los principales efectos para Europa está el efecto *boomerang* de las sanciones a Rusia, con el fenomenal impacto sobre los precios de la energía, y los alimentos. La población europea padece atónita las consecuencias inflacionarias de un conflicto que se le hace remoto e incomprensible.

El actor clave de Europa es Alemania, que perdió buena parte del acceso al gas ruso para terminar asistiendo con sus tanques de combate “Leopard” a la debilitada resistencia ucraniana. Nada de esto complace al canciller Olaf Scholtz, quien, desde su asunción en diciembre de 2021, solo ha enfrentado conflictos y trata de evitar confrontar con Rusia.

Pasado más de un año del inicio del conflicto, nadie trabaja siquiera para un cese de las hostilidades. Al contrario, se advierte una escalada que podría terminar en una guerra a gran escala. La OTAN está contribuyendo con tanques, y estudia incluir misiles y aviones para contener el avance ruso. Los escasos intercambios diplomáticos son solo acusaciones mutuas que podrían interpretarse rápidamente como una declaración de guerra; el presidente

ruso advirtió a la UE y a los EEUU que la provisión de armas a Ucrania los convierte en partícipes directos.

China sabe que este conflicto abre la transición hacia un nuevo orden internacional, donde tiene un rol preponderante. Conoce también que EEUU continuará siendo el líder de occidente, y que deberá disputar su influencia en el Asia Pacífico. Taiwán es la principal hipótesis de conflicto con EEUU, y aunque no desea una confrontación directa, tampoco está dispuesto a ceder su soberanía.

La guerra en Ucrania podría reconfigurar los planes chinos. Desde el inicio de este conflicto, se dejó de hablar de la nueva Ruta de la Seda para centrarse en el control del Asia Pacífico que preocupa especialmente a Japón, Australia y sus aliados occidentales.

Una vez más, EEUU parece hasta ahora el único ganador en este conflicto. Es el impulsor de sanciones económicas y políticas sin precedentes por parte de sus aliados occidentales contra Rusia. Sin embargo, el impacto de estas medidas sobre la economía e infraestructuras rusas no ha tenido el efecto esperado, mientras que Europa y buena parte del planeta padece los efectos de un fenomenal incremento de precios de energía, materias primas, alimentos y tasas de interés, casualmente todos los bienes que si dispone EEUU. El desgaste de Rusia y el compromiso de la UE con la OTAN son motivos suficientes para estar satisfecho.

Continúa siendo un enigma para la teoría de las relaciones internacionales el interrogante que nos propone Susan Strange. “¿Por qué los estados nacionales siguen yendo a la guerra cuando ya es claro que las ganancias económicas obtenidas nunca superarán los costos económicos de hacerlo?”

Sin cooperación no habrá paz, sin estabilidad no habrá seguridad. Múltiples actores poderosos en un contexto donde predomina la anarquía lleva inevitablemente al conflicto; el dilema de la seguridad vuelve a ratificarse.